

# De la guerra fría a las Torres Gemelas

**H**an pasado 30 años, un siglo y un milenio. Tres décadas desde aquel noviembre de 1971 en el que los ojos del mundo miraban asustados el estallido del conflicto entre la India de Indira Gandhi y Pakistán, de la tensión entre Israel y Egipto y de la efervescencia terrorista del IRA. Acababa de inventarse el microchip y CAMBIO16 daba sus primeros pasos en una sociedad que aún vivía la resaca de mayo del 68, el asesinato de Martin Luther King y la desaparición del Che Guevara. China ingresaba en la ONU y nacía una década, la de los 70, tan convulsa como otras antes y las que serían después. Por aquel entonces, un eje ideológico partía al mundo en dos mitades (Este y Oeste) que se miraban recelosas, confiadas en la amenaza de la guerra como forma de atraer la paz, convencidas de que ese frágil equilibrio de fuerzas, ese pulso entre EE UU (y sus aliados) y la URSS (y sus satélites) era la mejor vacuna para que no se repitiese de nuevo un desastre como el de la Segunda Guerra Mundial.



En 1973 se firmaba el alto el fuego en Vietnam y Norteamérica, que se jugaba el todo por el todo para erradicar al "demonio rojo" y al "peligro amarillo", encajaba el más duro golpe en

política internacional. Richard Nixon sobrevivió al fracaso de Vietnam, pero no al escándalo del Watergate. Los intereses del Tío Sam se fijaron entonces en sus vecinos latinoamericanos, un continente donde la temida "amenaza comunista" germinaba. Henry Kissinger dio el "pistoletazo de salida": en 1973 el presidente chileno Allende era asesinado y reemplazado por Pinochet. Después fue Argentina y tras ella un río de dictaduras se extendió por la región. El Plan Cóndor, con EE UU como padrino, levantaba el vuelo. Habría de sembrar hasta el fin de esa década miles de asesinatos y

desapariciones por toda la geografía latinoamericana. En 1974, Grecia y Portugal corrían mejor suerte y dejaban atrás sus dictaduras, un camino que siguió Nicaragua cuando la revolución sandinista derrocó a Somoza en 1979, el mismo

año en que la revolución islámica hacía caer al *sha* de Persia. Mientras, en Oriente Medio, la guerra del Yom Kipur enfrentó a Israel y el mundo árabe por cuarta vez (1973) y dejó, para el mundo, una de las peores crisis económicas —por el petróleo— del siglo XX. Al calor de la segunda guerra fría, Mao moría en 1976 y la URSS, en 1979, le daba la puntilla a los 70 con la guerra de Afganistán.



La llegada de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos en 1980, la primera guerra Irak-Irán y la dictadura de Jaruzelsky en Polonia estrenaban década. Reagan trasladó su ira de *cowboy* de las películas a la realidad y la guerra fría se tensó durante los primeros 80 hasta bordear el conflicto, al tiempo que EE UU llevaba a cabo su programa armamentístico: la *guerra de las galaxias*. El líder soviético Breznev moría en 1982, el mismo año en que el Reino Unido y Argentina se enfrentaron en la guerra de las Malvinas. Nunca se imaginó Reagan que tres años después, en 1985, iba a ser el propio presidente soviético, Mijail Gorbachov, quien iba a protagonizar el fin de la era comunista con una nueva fórmula a la que bautizó como *perestroika*. La segunda mitad de los 80 comenzaba con democracias recién estrenadas en Argentina, Uruguay y Filipinas. Occidente veía por televisión cómo los etíopes se morían de hambre y un millón y medio de personas respaldaron el concier-

to Live Aid, el inicio de una corriente de ayuda al Tercer Mundo que ha crecido y crecido hasta nuestros días. En la crisis de Oriente Medio germinó la primera Intifada.

Las relaciones más distendidas entre los dos "bloques" se materializaron en 1987 en un tratado firmado entre Reagan y Gorbachov para reducir sus arsenales nucleares. Era el principio

del fin, la antesala de la caída del Muro de Berlín, que iba a llegar en un frío noviembre de 1989. La historia pasaba página primero en Alemania y después en todos los países de la órbita soviética, que fueron abandonando el comunismo y firmaron en 1990 la disolución del pacto de Varsovia. El gobierno chino se resistía al paso de la historia con la matanza de Tiananmen y Francis Fukuyama se aventuraba a vaticinar el "fin de la historia". Pero ni la historia ni las ideologías se acabaron. El capitalismo, victorioso, hegemónico, se quedó sin obstáculos y sin razones para contenerse. La mitad triunfante de la guerra fría —EE UU y alrededores— se quedaba sin contrapunto, pero también sin excusa para preparar la guerra. Pronto el presidente George Bush encontró una nueva: la ocupación de Irak a Kuwait, que desembocó en la guerra del Golfo en 1991. El mundo árabe, esos nuevos estados que para Bush eran "parias" o "rebeldes" —Libia, Irak...— son la nueva fuente de temor que justifica la guerra. Europa, inmersa en el exitoso pro-

ceso de unidad comunitaria, vio cómo su propio continente era el escenario de los nuevos conflictos de fin de siglo, bajo el signo de los nacionalismos: las del avispero de los Balcanes.

Estas tres décadas son la prueba de que todo pasa y todo queda. Si en el 71 el mundo era bipolar, hoy tiene múltiples ejes: la UE planta cara a EE UU, que mira de reojo a la economía asiática. Occidente se enfrenta a Oriente, un muro separa el Norte del Sur. El islam y el cristianismo se miden las distancias. Vivimos en esa aldea global que pronosticó MacLuhan. Huérfanos del comunismo, los movimientos sociales y populares resurgen en el nuevo milenio para rechazar la actual globalización. Si el siglo XX vio la luz bajo el signo de la revolución, el XXI lo hace bajo la influencia del miedo al terrorismo —en particular al islámico—, el nuevo enemigo oficial del mundo.

Se ha pasado del miedo a la gran guerra universal a la realidad de los pequeños conflictos nacionales o regionales que desangran el mundo. Ni los horrores ni las glorias han cambiado irremediablemente el curso de la historia. Pero han querido los caprichos de la historia que el corto siglo XXI haya nacido cargado de sorpresas. Dicen que un 11 de septiembre del 2001 el atentado que arrasó las Torres Gemelas de Nueva York le dio un vuelco a la his-

toria y Bin Laden estuvo a punto de cargar de razón a Fukujama. Si en los 80 Reagan definió como *eje del mal* la silueta del comunismo, para Bush Jr. hoy este eje pasa por los que considera estados terroristas.

Nixon, Mao, Reagan, Thatcher, Walesa, Deng Xiaoping o Rabin, protagonistas de 30 años de historia colectiva, son ya memoria. La historia, la muerte o la justicia han dado buena cuenta de los más terribles monstruos de final de siglo: Ceausescu, Bokassa, Stroessner, Marcos, Banzer..., Pinochet resiste. El feminismo, la preocupación por los derechos humanos, la crisis de las instituciones internacionales, las corrientes de inmigrantes que surcan el planeta en busca del anhelado "primer mundo" marcan nuestros días. Todo cambia para seguir igual. La

mayoría de los países del mundo son democráticos, pero hay más de 30 conflictos abiertos y las tres cuartas partes de los 6.000 millones de seres humanos que poblamos el mundo, le roban cada día al hambre el derecho a vivir. Como escribe Eduardo Galeano, "es la aventura de cambiar y de cambiarnos la que hace que valga la pena este parpadeo en la historia del universo, este fugaz calorcito entre dos hielos que somos nosotros". Y la aventura de contarlo la que hace que valgan la pena otros 30 años de CAMBIO16.



Ana Zarzuela